

Pere Gimferrer

No en mis días



f)L Fundación José Manuel Lara
Vandalia

No en mis días

Pere Gimferrer

No en mis días
(2012-2016)

f)L Fundación José Manuel Lara

No en mis días

Pere Gimferrer

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *No en mis días*

Director de la colección: *Jacobo Cortines*

Consejo Asesor: *Ignacio F. Garmendia, Juan Lamillar, Aurora Luque, Álvaro Salvador y Andrés Trapiello*

© Pere Gimferrer, 2016

© Fundación José Manuel Lara, 2016

Av. de Jerez s/n. 41012 Sevilla

www.fundacionjmlara.es

www.planetadelibros.com

Diseño y cubierta: Manuel Ortiz

Imagen de Cubierta: Paolo Uccello, Bataglia di San Romano. Intervento decisivo a fianco dei fiorentini del condottiero Micheletto Attendolo da Cotignola (fragmento).

Museo del Louvre, París

Maquetación: Milhojas, servicios editoriales

Fotografía del autor : © Ricardo Martín

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2016

ISBN: 978-84-15673-36-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: IC Editorial

No en mis días, vale decir, no en tanto que yo viviere.

SEBASTIÁN DE COVARRUBIAS,

Tesoro de la lengua castellana o española, 1611

Il était une fois ainsi la fin débute

ARAGON

*When there are so many we shall have to mourn,
when grief have so public, and exposed
to the critique of a whole epoch,
the frailty of our conscience and anguish
of whom shall we speak?*

AUDEN

Pero seamos francos: yo no lo quería
Bien, y un día, conversando
Temas insustanciales, el tiempo, los
deportes,
La política, sentí temor extraño
Que en burla, no hacia mí, sino a los
hombres todos
En mí representados, fuera a sacar la
lengua.

LUIS CERNUDA

A Cuca,

*Me estabas esperando en este oro
que la mañana entra por el oto*

J.R.J.

Vaya aquí mi homenaje a seis guardianes de la palabra, por su amistad y enseñanza. Son, por orden alfabético: Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Emilio García Gómez, Octavio Paz y Martín de Riquer.

EL LETEO

A María Pereira Otero

Con Decio Junio Bruto al mando, los soldados
–cascos de Picasso en *Massacres en Corée*, cascos de
Paolo Uccello en San Romano,
uccellacci, uccellini, el águila caudal–
avistan una fronda, imitación acuática,
negro el cabello, undoso gongorino,
sortija de azabache de las aguas oscuras,
en la plata de lanzas y de ondas rizadas,
blanco y negro y dorado tal vez, envés de la memoria,
el reverso del óxido del día.

Imitativamente el cormorán aguarda
el tremolar de luz del estandarte.

¿Quién, como Pound, vadeó el Leteo,
o, como el mensajero del Tetrarca,
le puso proa en góndola de fuego?

Vivir en el Leteo es revivir

(Le sein charmant qui joue avec le feu)

y aunque la voz de luz del adalid

a cada uno llame desde la otra orilla por su nombre

(Me llamarán, nos llamarán a todos),

sea el Leteo de pez, de estopa o de alquitrán,

el olvido es hermoso, y se me borra

el caballero a oscuras de Turín

(le acompañaba aquella mujer rubia:

iban a solas por los soportales,
cogidos de la mano, como el trueno
y el relámpago en carmen otoñal).
En luz púrpura el día se desgarrar:
en el tapiz de Almada Negreiros, primavera encendida,
otoño de morados en el Turín de pórticos.
Y es ésta la mirada del Leteo:
blancos los rostros, sin facciones ya,
pero son nuestros rostros, y nos reconocemos
tras este yeso en colección de máscaras.
Así el tiempo que al fin nos simboliza:
más que anular, construye la verdadera imagen,
los fuegos de artificio de nuestra juventud,
cada uno viviendo a escondidas de todos los demás,
cada uno a escondidas de sí mismo,
(La escondida en el México de las pistolerías en color,
con las locomotoras y las reses,
con la hidra de Lerna, los establos de Augeas,
lo claro de la noche en nuestros rostros,
oscuro y blanco el sueño del Leteo).
¿A quién, de estas estatuas hoy vivientes,
dimos la mano? ¿Cuál de ellas fui yo?
Como en un paseo de flores hacia el mar
o en una bocacalle de luz de mármol gris,
las estampas vivientes son nuestra alegoría:
sin pasado, nos miran como cigüeñas de marfil y fuego,
en un cielo de luces comuneras,
no un «comunero eclipse» en Calderón.
*No hay sol; el cielo de invierno
es de bruma y nubes blancas.*

Pero no hace frío en el Leteo:
las aguas, ni heladoras ni quemantes,
devuelven a la orilla cuerpos sin alma pero no sin vida.
(Es nuestra vida: es el punto y aparte,
el ganchillo del cielo deshilado
que dibuja el dechado de la luz).
Y vosotros, soldados de Almada Negreiros, en la antigua
pousada,
agitada pabellones y lanzas: son mi vida.
Tanto supimos ser, que ya no somos,
tanto quisimos ser, que ya no somos,
pero somos al fin nuestro rostro de arcilla,
lo que no revelaban los rasgos, las facciones aún no deli-
neadas.
No serán el cuadrado de la muerte,
sino el desvelo de la no-conciencia,
saber al fin que el río del olvido
nos hace permanentes en la luz.
Cuando ya sólo sea el olvido del olvido,
en la noche cegada volará un gavián.
Es su presa la vida: quiso apresar el ser;
libre del ser, ahora el ser es suyo,
pues nos sentimos poseídos siempre
por el agua nocturna del Leteo de oro,
el Leteo de plata desarmada,
el Leteo de plata derramada en la noche que ha amanecido ayer.

21-22 / IV / 2014

TOO MUCH JOHNSON

A Juan Marsé

Imágenes perdidas, rascacielos,
imágenes del aire de New York,
el celuloide de las nubes grises,
caracoleo de los guantes grises,
la tangente del viento desnudado
el tiempo del *slapstick* de neón,
la *gillette* que corta el cielo de Paul Bowles,
el tiempo de los *Macbeth* de vudú,
Voodoo women, *White zombie*, ¿quién recuerda
estas *neiges d'antan*, la bella Flora?
Mundo de bambalinas arrancadas
en paisaje de luz y transparencias,
skyline del árbol de cristal y de acero
raspado por las flores de la noche,
ojos rasgados, labios rasgados, la pantalla
rasgada al bies entre los bastidores,
el ojo de la noche de los tigres
en la jungla de nubes del teatro
(*Degne d'un chiaro sol, degne d'un pieno*
Teatro opre sarian si memorande).
Las vidrieras del sol de Kublai Khan
aún no ven la luz de los espejos:
la multiplicación de las imágenes,
el puñetazo al aire amordazado,

al aire amortajado, las escamas
del nitrato encendido, celulosa.
En la selva cubana van los ñáñigos
por la alambrada vegetal del verde,
flor de tijeras de Wifredo Lam.
(Yo, que tenía treinta y siete años
el año de su muerte, oí caer a Lam
desde Albissola Mare hasta La Habana,
aquella voz que hablaba en italiano
en el noviembre del setenta y seis
y me decía «grazia», aquella voz...)
Too much Johnson, exclama el *wonder boy*,
leyendo cartas de algún *paramour*,
ante el telón de boca de John Houseman,
en teatros soñados, menos Varga
que Steinberg, menos Steinberg que Sternberg.
Nosotros, los que vamos acuciados de angustia,
(«Pobre animal herido y ahorquillado», dijo Shakespeare),
nosotros, los que a tientas veremos el *slapstick*,
en la noche sin nubes de New York,
en la noche sin fin del 38,
en la noche del cielo desgajado de luna,
en el traje de luces de la noche de estoques,
estas calles que ahora ya no parecen fotos,
estos años que fueron como fotografías,
con la novia de Salinger y Chaplin,
Oona en el pescante de la luz,
posteridades del «Enola gay»,
posteridades del bosque de hongos
que mata *japs*, pero nos mata a todos

en el agosto del 45,
en las crucifixiones del carbón,
buffalo bill ha muerto, dijo e. e. cummings
en la devastación del cielo asiático:
la pulsión homicida de Hiroshima,
la pulsión homicida de los Gal,
(Hotel Ercilla, orín en *La Araucana*,
oráculos de Carlos Andrés Pérez,
como la Garland: *For me and my gal*).
Hemos visto matar como en la jungla
en un cielo antillano de tinte y purpurina
en las pagodas blancas de *King Kong*
(el hombre mosca era Harold Lloyd),
como Ann Dvorak cae en *A life on her own*,
ya no la hermana de Scarface: trofeo
del sangriento *bouquet* de Nueva York.
Llegaban todos a *City for conquest*
como los buhoneros del jazmín:
rascacielos abajo se estrellaban
como bolsistas la noche del *crack*.
Hoy todo el mundo es *crack*: galerías de moho,
la ceremonia de los ojos reventados,
el clavel reventón de la mirada,
las galerías de John Foster Dulles.
Anonadado, el aire se despide
de las congelaciones de la espuela:
los caballistas de la soledad
viven la muerte de García Lorca.
Vivimos una noche de cariátides,
solemne, pero bufa y sanguinaria: